

Los *Cuadros Árabes* de José Joaquín de Mora

La figura de José Joaquín de Mora es una de las más complicadas de estudiar de entre los escritores que asistieron al nacimiento del siglo XIX y que pasaron sus vidas en aquella España convulsa y accidentada de los primeros cincuenta años de la centuria.

A la hora de abordar su obra nos encontramos con un personaje que en nuestra época resultaría insólito, si no imposible. El investigador sobre economía política que estudia su indudable aportación a ese campo¹ no sabe que hacer para valorar su poesía, el estudioso de derecho constitucional que analiza su obra², apenas puede decir nada de su faceta de periodista y el historiador de la traducción³ no tiene muy claro que puede decir del pedagogo⁴. Podemos encontrar además estudios en los que Mora aparece como activo político liberal en la época del trienio (Gil Novales, 1975), como uno de los primeros humoristas literarios chilenos (Salinas Campo, 1996), como crítico literario muy al tanto de la literatura europea del medio siglo desde las páginas de *La América* (González Pizarro, 1987), como “figura emblemática del pensamiento jurídico confederado (peruboliviano) (Ramos Núñez, 2000), como “un personaje fundamental en las áreas de divulgación científica y educativa en la América Hispana (Valera Candel, 2007, 148) como guía que ejerció “una innegable tutoría literaria en el Perú (Sánchez, 1965, III, 851) o una influencia decisiva en figuras clave del romanticismo chileno (Lachtam, 2000). Por no hablar de la numerosa cantidad de estudios que abordan la llamada “polémica calderoniana en la que Mora jugó un papel principal.

Si dispersa y azarosa resulta su obra no dejó de serlo también su vida. Nacido en Cádiz, el destino le fue llevando a múltiples viajes y a múltiples empresas e iniciativas que muchas veces acabaron con poca

¹ Véase Schwartz (1970), Siegrist de Gentile (1992) y Mora (1999).

² Ramos Núñez (2000).

³ Sobre su actividad como traductor de Shakespeare, Mora (2007a y 2007b).

⁴ Además de las obras biográficas sobre la etapa americana, véase Stuardo Ortiz (1950) y Serrano (1994).

fortuna sin que ello pareciera nunca minar su resolución y su disposición a enfrentarse a nuevos desafíos. Tras su cautividad en Francia, su vida pasa por misiones diplomáticas en Italia y Francia, actividad política en el trienio, destierro en Londres a partir de 1823, viaje a América del Sur en 1826 y desarrollo de actividades políticas y pedagógicas en Chile, Argentina, Perú y Bolivia hasta 1837 que abandona el continente. Nueva estancia en Londres y regreso a España a partir de 1843 en donde, fiel a su costumbre, llevó a cabo una activa vida de periodista y escritor.

A lo largo de toda su vida fue incansable polemista, hombre de filias y fobias, y de llamativas decisiones que a veces pueden parecer incoherentes. Llorens dice en un momento dado (1979: 61) que “Mora o la inconstancia puede ser el mejor resumen de su obra crítica y de su pensamiento literario. Bien es verdad que Llorens, cuando habla de Mora, siempre está contraponiendo su actitud a la de Blanco White:

Había en él (Mora) una naturaleza cambiante, voluble y acomodaticia, capaz de desarraigo y de adaptación y un deseo innovador, pero carecía del espíritu angustiado y verdaderamente romántico de Blanco White. Lo que en éste respondía a una íntima necesidad, en Mora, como en otros españoles de su tiempo, no pasa de ser las más veces ejercicio de literato, curiosidad superficial. (247)

Dejando aparte la discusión, que puede dar para mucho, de si un espíritu “verdaderamente romántico ha de estar, necesariamente, “angustiado, creo que Llorens es injusto con Mora. Su biografía sí que puede ser la de un hombre voluble, pero no parece la de un hombre acomodaticio.

Dos escritores chilenos, padre e hijo, Miguel Luis Amunátegui y Domingo Amunátegui Solar, han analizado con cierto detenimiento el carácter de Mora. “Era un luchador incansable que no guardaba consideraciones a nadie, ni con la lengua, ni con la pluma nos dice Amunátegui (1882: 327). Amunátegui Solar, por su parte, indica que (1897: 4) que “era de carácter avieso y voluble, dominado siempre por la pasión” y unas líneas más adelante añadía (5) que “tenía un alma ardiente e inflamable, que no siempre pudo trasladar a sus versos y juzgaba a

los hombres con los colores exagerados de su sangre y de su bilis. No debe extrañar por lo tanto que sus opiniones fueran siempre absolutas: para él una reforma era funesta o excelente, un hombre digno de la horca o del trono”. Sus dos biógrafos coinciden en el interés absorbente que para él tenía la política de las repúblicas hispanoamericanas, a pesar de que su actividad oficial, y normalmente, aquella por la que era llamada a los diferentes países en donde estuvo, era la enseñanza. Su pasión política le hizo meterse en todas las complicaciones, polémicas, contiendas y batallas, que encontró a su paso y allí encontró terreno muy adecuado para desarrollar su agresividad verbal y su ingenio mordaz. A muchos de los americanos que conocieron y trataron a Mora debió sorprenderles y posiblemente irritarles esa vociferante intromisión en temas de los que no tenía un conocimiento muy profundo y a los que se entregaba con todo el apasionamiento de su carácter. Domingo de Alcalá, escritor chileno que no veía con simpatía la constitución liberal que Mora había preparado para el estado escribió así al General Sucre el 5 de agosto de 1828:

Este señor (Mora) es ahora el niño bonito de aquí, mimado por todos y especialmente por el gobierno, cuyo mentor es. A la verdad, creo que sabe más que todos los hombres de este país, o al menos, cuando sus talentos no sean más distinguidos, tiene la ventaja de saber más. El goza de un sueldo por la nación y su señora ha establecido un colegio para señoritas que me han alabado mucho. El señor Mora es, indudablemente, una persona útil, donde quiera que esté. Él escribe en los papeles públicos sobre materias generales con bastante juicio y liberalmente, pero si, para su desgracia, se ingiriera en los asuntos particulares y políticos de los partidos, será, como en Buenos Aires, víctima del primer movimiento popular. Supongo que habrá quedado escarmentado y que se abstendrá de mojar su pluma en la bilis de los partidos (Amunátegui: 1882: 327).

Las suposiciones de Domingo de Alcalá fallaron totalmente. Mora se entregó sin dudarle al ejercicio de la política a la contienda y a la discusión y, como acertadamente pronosticaba el corresponsal de Sucre, su implicación política le llevó a ir abandonando por la fuerza aquellos países donde había llegado a ser una figura destacada.

De esta manera la biografía de Mora en América es una sucesión de llegadas en gloria y salidas apresuradas. En 1826 llega a Argentina invitado o reclamado por el entonces presidente Bernardino Rivadavia. En 1827 Rivadavia pierde el poder, y Mora, sin apoyo político, marcha a Chile, donde Francisco Antonio Pinto le recibe como una figura de importancia nacional. Es encargado de redactar una constitución liberal, y se convierte en una de las figuras más sobresalientes de los “pipiolos” nombre que se aplicó a los liberales chilenos, opuestos a los “pelucones de tendencia conservadora, dirigidos por Diego Portales. La situación de Chile terminó con la renuncia de Pinto, la victoria de los “pelucones y el abandono de Chile por parte de Mora, que desde entonces manifestó un odio extremado, como casi siempre fueron sus odios y afectos, a Chile y a los chilenos. Su nueva etapa americana fue Perú, donde llegó de la mano del presidente Agustín Gamarra. Agradecido a Gamarra pronto entró en la lucha política apoyando al presidente que le había socorrido. Pero Gamarra era conservador, apoyado por el grupo llamado de “los persas”. Mora se encontró defendiendo al partido conservador y enfrentado a figuras de relieve del pensamiento liberal peruano. Los liberales le miraron como a un traidor, los conservadores nunca llegaron a confiar en el vocinglero liberal de Argentina y Chile. Mora no encontró una situación política estable. Una vez que Gamarra pierde el poder (1834) Mora marcha a Bolivia y allí abraza la causa de la confederación perú-boliviana que defiende el general Santa Cruz, con quien lleva tiempo manteniendo una correspondencia amigable. De esta manera el liberal doceañista se encuentra colaborando de forma directa con la creación de un estado dictatorial. Mora sirvió lealmente al llamado “protector de la confederación perú-boliviana, al que siempre manifestó una admiración sin límites y un gran afecto personal. En febrero de 1837 fue nombrado cónsul de esa federación en Inglaterra y allí le sorprendió la derrota de Santa Cruz en la batalla de Yungay y la disolución de la confederación. Mora no regresó jamás a América del Sur, a pesar de que su antiguo protector Agustín Gamarra había tomado nuevamente el poder tras la derrota de Santa Cruz. Había llegado en 1826 y se marchó en 1837 después de ser figura preeminente en cua-

tro países y dejar una impronta indeleble en la educación, la literatura, el constitucionalismo y el periodismo.

Vida agitada y actividad múltiple, que le han hecho no sólo ser estudiado de forma superficial o pasado por alto muchas veces, sino también ser objeto de valoraciones críticas muy diversas y contradictorias. Durante mucho tiempo han pesado sobre él las aceradas críticas de Peers, que nunca le perdonó la enemistad que mantuvo con su predilecto Böhl. Cuando el hispanista británico tiene la oportunidad de opinar sobre las *Leyendas Españolas* no cabe duda de que se despacha a gusto: “Mora tiene poca imaginación, menos sentido aun de lo pintoresco y ningún acierto en la elección de asunto. Además su estilo siempre florido y a menudo prosaico, tiene más cosas en común con el siglo XVIII que con el XIX y su pasión por los epítetos es poco menos que risible” (Peers; II: 295). Menéndez Pelayo, lector con mejor criterio que Peers y mucho más tolerante que el británico, no hubiera estado de acuerdo con esa descalificación tajante. Para Don Marcelino “era Mora, más bien que poeta inspirado, admirable versificador; en sus composiciones líricas resulta flojo y aun prosaico, pero en la narración joco-seria, en la fábula y en la sátira, su estilo es un raudal de chiste, de amenidad y desembarazo descriptivo, de felices ocurrencias y genial humorismo” (1948; II; 175) y en otro lugar, hablando de *Don Opas*, la última de las *Leyendas Españolas* asegura que “*Don Opas* es una bufonada saladísima, aunque algo irreverente por tratarse de asunto histórico tan famoso; y el poeta da libre rienda a su estro satírico en una porción de digresiones políticas, morales y literarias, al modo de las del *Don Juan*, de Byron, que el mismo Mora imitó años después con no poco chiste. Algunos finales de octavas son tan felices, que merecen quedar como proverbios. (1949; III, 79). En línea con lo que había manifestado Menéndez Pelayo, Carnero (1971), Amores (1999) García Castañeda (1995 y 2002), y Liso (2003) han estudiado a Mora, procurando destacar lo positivo del poeta gaditano. Para Carnero (28) “el valor de José Joaquín de Mora dentro de la evolución de la poesía española del siglo XIX es una de tantas cosas que las tradiciones críticas e históricas que la Literatura Española se ha empeñado en pasar por alto y considera a *Leyendas españolas*

como su obra más personal, que anticipa las soluciones a las que llegó Campoamor en su obra poética. Amores indica que “*Don Opas* significó algo nuevo en la poesía española (128) y que Mora mostró que “el Romanticismo tradicional, aquel que intentaba recuperar el pasado histórico, podía dotarse de contenido social y político, acercándose al Romanticismo social (146). Entiende Amores que la obra de Espronceda ha oscurecido, por coincidencia temporal la de Mora, pero que ello no empece el mérito del gaditano. García Castañeda llama la atención sobre la personalidad desengañada y escéptica del Mora de las leyendas, sobre el acierto de sus versos humorísticos y sobre la originalidad de su planteamiento.

No obstante, aún no son muchos los estudios dedicados a Mora. No hay una valoración global de su obra crítica y las más de las veces se toman en cuenta aspectos parciales de su obra. Todo esto derivado de las circunstancias personales de este escritor polifacético, viajero contumaz y perejil de todas las salsas. En esta confusión y multiplicidad de vida y obra destacan dos características personales de Mora: su incansable laboriosidad y su dominio de los idiomas.

La primera es evidente con sólo revisar someramente su producción. Vicente Llorens describe así su frenética actividad londinense, en la época en que escribe los *Cuadros de la Historia de los Árabes*:

En poco más de medio año, desde fines de 1823 hasta septiembre de 1824, José Joaquín de Mora lanza al público cerca de diez volúmenes, no siempre pequeños: una colección de poesías y narraciones en prosa, originales y traducidas; otra de composiciones relativas a juegos y ejercicios femeninos; dos textos de divulgación científica y una revista trimestral, además de cuatro tomos de traducciones del inglés y francés. Todo esto aparte de sus colaboraciones en periódicos ingleses. Es posible, aunque no probable, que otros escribieran tanto como Mora (153)

En cuanto a su capacidad lingüística, podemos valorarla a partir de dos hechos. Entre 1820 y 1821 mantiene correspondencia con Jeremy Bentham⁵, pero la correspondencia se mantiene en francés, ya

⁵ La correspondencia entre Mora y Bentham ha sido publicada en Internet por el Bentham Project de la University College London. Consta de un total de siete cartas, dos

que, según dice Bentham en la primera carta del 19 de septiembre de 1820, Mora no domina el inglés. Pero en la época del exilio londinense nos encontramos a Mora redactando artículos costumbristas en inglés y asombrando a los redactores de los *Ocios de Españoles Emigrados* que se admiraban de su fluidez con el idioma y de su capacidad de redactar simultáneamente en inglés y en español.

Con estas dos cualidades resultó ser el escritor ideal para las empresa editorial de R. Ackerman. Era Ackermann un editor londinense de origen alemán, que creó un auténtico imperio editorial en Londres durante la primera mitad del siglo XIX. Según Amunátegui, trabajaban en los talleres del editor más de seiscientas personas (33). La empresa se había organizado para surtir de libros a todos los países de Hispanoamérica. El hijo mayor de Ackermann se había establecido en México para distribuir los volúmenes. El editor tenía agentes y puntos de venta en Argentina, Colombia, Chile, Perú y Guatemala. Para mantener la maquinaria de su empresa en funcionamiento le hacía falta una amplísima producción y una generosa oferta de títulos. Mora, escritor fácil, dispuesto a redactar textos sobre cualquier asunto, por dispar que fuese a su anterior trabajo literario, a traducir del idioma que se le presentase y a adaptar, refundir y transformar a toda velocidad era el escritor ideal para Ackermann. Una prueba de la perfecta asociación de editor y escritor la tenemos en las páginas finales de los *Cuadros*, donde el editor incluye una lista de todos los libros publicados en español por su empresa. Son cuarenta y cuatro libros, y siete canciones con su partitura musical. Pues bien: las siete canciones son letra de Mora, y al menos dieciocho libros, más de un tercio del total, se deben a él, bien como traductor, bien como autor

dirigidas por Bentham a Mora y cinco por el gaditano al inglés. Las cartas de Bentham son del 19 de septiembre de 1820 y del 26 del mismo mes. Las de Mora están fechadas la primera en el 18 de octubre de 1820, la segunda el 26 y la tercera el 30 de ese mes de octubre. La cuarta es del 18 de diciembre de 1820 y la quinta y última publicada del 1821. Es muy interesante esta última carta, pues Mora escribe desde la cárcel, detenido como representante de la sociedad de *La Cruz de Malta*, y en su explicación a Bentham acusa a *La Fontana de Oro* y a Alcalá Galiano de conspirar para favorecer su encarcelamiento. La antigua amistad entre Mora y Alcalá Galiano de los tiempos de Cádiz estaba, sin duda, ya olvidada.

(*No me olvides* de 1824, 1825 y 1826; *Museo Universal de Ciencias y Artes*; *Viaje pintoresco a las orillas del Ganges*; *Cartas sobre la educación del bello sexo por un señora americana*; *Gimnástica del bello sexo*; *Memorias de la revolución de México y de la expedición del General Mina* (Robinson. Traducido por Mora); *Catecismo de gramática latina*; *Descripción abreviada del mundo* (F. Shoberl. Traducido por Mora); *El talismán* e *Ivanhoe* (Traducidos por Mora); *El padre nuestro del suizo* (Traducido por Mora); *Catecismo de Química*; *Catecismo de Geografía*; *Catecismo de Economía Política*; *Catecismo de Gramática Castellana* y *Cuadros de la historia de los árabes*). Y digo al menos dieciocho porque en esa lista se incluyen once *Catecismos*⁶, varios de los cuales son traducciones del inglés cuyo autor no ha sido posible identificar. Siendo como era Mora, rápido traductor y escritor y autor de otros catecismos no es muy difícil que participara en la conversión al español de alguno de los que aparecieron sin nombre de autor.

En esos tiempos de producción incesante e industriosa es cuando Mora escribe y publica (en 1826) los *Cuadros de la Historia de los Árabes desde Mahoma hasta la conquista de Granada*.

Ackermann, como buen negociante que era, tenía costumbre de utilizar sus revistas para hacer publicidad de sus libros. De esta manera nos encontramos con que en el *Correo Literario y Político de Londres*, revista editada por Ackermann y cuyo responsable principal era José Joaquín de Mora, se da noticia del libro de José Joaquín de Mora, en una nota escrita, como no, por José Joaquín de Mora. Mora explica los motivos de su obra: “la nación árabe es una de las que más papel han tenido en la escena del mundo e indica las dos principales fuentes de su trabajo. Por un lado la *Historia de la Dominación de los árabes en España sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, de José Antonio Conde (tres volúmenes publicados en Madrid, en la *Im-*

⁶ Estos catecismos eran libros de formación cultural en los que bajo el esquema de preguntas y respuestas, al modo del catecismo católico, se hacía un resumen de los elementos más importantes de una determinada rama del conocimiento. Se difundieron por toda América Latina y fueron muy importantes en la educación de aquellos años. Se pretendía que fuesen utilizados siguiendo el sistema de enseñanza mutua o “lancasteriano”, en el que los alumnos más aventajados se encargaban de la instrucción de los menos adelantados.

prenta que fue de García, entre 1820 y 1821). Y por el otro *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* del gran historiador inglés Edward Gibbon, que apareció entre 1776 y 1788. Gibbon estaba prohibido por la Inquisición, y no fue hasta 1842 que se publicó en español su obra, en ocho volúmenes, traducida por José Mor de Fuentes. Es decir que Mora debió conocer la obra en su original inglés.

El éxito de la obra de Conde, fue sin duda el incentivo que llevó a Ackermann a encargar esta obra a Mora. Era Conde un gran lingüista y leía latín, griego, árabe, hebreo, persa, turco, alemán y vasco. Su obra se beneficia de la gran cantidad de fuentes que pudo consultar y apareció en un momento en que el interés por todo lo exótico contribuyó a su conocimiento y popularidad. Rápidamente tuvo éxito en Europa y fue traducida al francés (1825), alemán (1824-1825), italiano (1837) e inglés (1854-1855). Ackermann, sin duda, entendió que la *Historia de la Dominación de los árabes* era excesivamente densa para las ventas en los países de Hispanoamérica y le encargó a Mora una versión más reducida y de más fácil lectura. El resultado fue más ligero que la obra de Conde, pero así y todo Mora compone dos gruesos tomos de 340 y 379 páginas, respectivamente. Mora en ningún momento pretende disimular su actividad de vulgarizador. Es interesante lo que dice al respecto en las páginas del *Correo Literario y Político*:

No faltará quien diga que la obra de la que estamos hablando pertenece al número inmenso de las que se hacen a pedazos y aprovechándose del fruto de los trabajos ajenos [...] Sin embargo la historia no es susceptible de las creaciones de la fantasía y todo el que quiera saber lo que ha pasado de las épocas que le han precedido se hallará obligado a buscar en las obras de su coetáneos. La dificultad es escoger, es arreglar, es lograr el *simplex et unum* que Horacio recomienda. El autor de los *Cuadros* ha procurado desempeñar aquel fin, pero el redactor del *Correo* no puede decir si en efecto lo ha logrado.

Cifra pues Mora el valor de su obra en la redacción, en el arreglo, en saber escoger lo más interesante. Con justicia decía Llorens (334) que “Mora es el verdadero periodista de la emigración liberal. Sus mejores cualidades son periodísticas. Con amplia formación literaria, dotado de ingenio y flexibilidad, Mora poseía un estilo suelto, ligero,

que en vano se buscaría en los demás. Sus páginas podrán ser superficiales, pero siempre son amenas.

Y amenas son en efecto las páginas de los cuadros. Mora amontona, a un ritmo vertiginoso, pero nunca confuso, aventuras, batallas, traiciones, conspiraciones, asesinatos, heroicidades, amores trágicos, ascensos y caídas de personajes y un sinfín de acontecimientos. Todo ello con un estilo muy ágil, fácil, sorprendentemente moderno.

Como ya hemos comentado es una época de trabajo febril para Mora. Por ello no se puede poner a realizar búsquedas bibliográficas ni a citar a otros autores que hayan tratado el tema ni a consultar fuentes diferentes. En general sigue totalmente el esquema de la obra de Conde, y la mayor parte de su obra se centra en la España árabe.

Los *Cuadros* comienzan con unas páginas en las que se presenta el paisaje y el clima de la península árabe y las características de sus habitantes. Mora había realizado para Ackermann, en 1824, la traducción de una de las obras de la serie del editor londinense *The world in miniature* que constaba de 43 volúmenes, dedicados a diferentes países y regiones del mundo en los que los abundantes grabados se combinaban con texto. Mora sin duda pudo usar parte de ese material para su retrato de la península árabe. Pero como lo que va a escribir es, ante todo, una historia llena de aventuras, pronto presenta al protagonista: el pueblo árabe, llamando la atención sobre todas aquellas características que más podían seducir a lectores que ya se hallaban inmersos en la mentalidad romántica. Libertad y naturaleza: “el árabe es realmente libre y goza, hasta cierto grado, los beneficios de la sociedad sin abdicar las prerrogativas de la naturaleza (7). Independencia: “Los [derechos del árabe] consistían en su odio a la voluntad de un dueño (8). Dignidad y valentía: “en su alma residían el calor, la paciencia, la sobriedad y el habito de dominarse y de arrosstrar con impavidez el dolor, el peligro y la muerte (8). Temperamento poético: “vehemente afición a la poesía, la cual ejercía una especie de ministerio público (9). Importancia de la figura del poeta: “el poeta árabe era el historiador y el moralista de su siglo (9).

Una vez presentado esta romántica figura, Mora se lanza a la narración de su historia. En el prólogo ha prometido una “serie no inte-

rrumpida de caracteres extraordinarios, de rasgos nobles y generosos, de revoluciones memorables (viii-ix), en lo que más llama la atención es “el colorido poético de que están revestidos todas sus partes (xi). Porque lo más importante de esta historia, para Mora es que “en ella la verdad se presenta con la gracia y el interés de la novela no sólo en los sucesos mismos sino en las circunstancias que lo acompañan, en las costumbres orientales trasplantadas a la mansión de los bárbaros del norte, en el arrojo de los caudillos, en la exaltación de los sentimientos, en la fuerza de las pasiones, en la grandeza de los personajes que aparecen en tan animada y curiosa escena (xi). El mismo Mora resume la historia que va a contar en una trayectoria de ascenso y caída: “Una poderosa monarquía aniquilada en pocas meses por un puñado de aventureros pone en movimiento el interés desde el principio del drama; más este interés crece a medida que se ensancha el dominio de los extranjeros, discordes, resueltos, indómitos en sus primeros triunfos, unidos después en un cuerpo sólido, incontrastable; organizados en nación culta, próspera, opulenta; destrozados más tarde por la ambición; derrocados en fin de su poder por los esfuerzos del entusiasmo y del patriotismo (xi). Una presentación de la obra totalmente publicitaria, en la que prima sobre todo el interés de los acontecimientos, la novedad y extrañeza de los sucesos, en la que la idea de drama abarca a toda la obra.

Al comenzar la historia Mora se enfrenta con un problema; la falta de fuentes y de información. Como él mismo había advertido en la nota del *Correo Literario y Político* la parte de la historia que no hace referencia a la España árabe se basa en Gibbon. Y, claro está, Gibbon se fija especialmente en la influencia de los árabes en la desaparición del Imperio Romano de Oriente. De manera que en esa primera parte la narración es muy resumida y Mora, ante la falta de base, solamente se detiene con algún detalle en las batallas de las tropas del Islam con un moribundo ejército romano. Mora intenta salvar este obstáculo, con una prosa ágil y rápida y buscando el asombro del lector ante la vertiginosa expansión del imperio islámico, pero en muchos momentos su historia no pasa de ser una mera lista de nombres de ciudades, de califas, de batallas y de generales.

Pero a partir de la llegada de Tariq y Muza a la península, todo cambia. Mora se encuentra con una superabundancia de material y lo que hace es cortar, quitar y eliminar. Gracias a ello puede centrarse en lo más dramático y pintoresco: la rivalidad de Tariq y Muza y las traiciones y venganzas subsiguientes, la derrota de Rodrigo, la historia de Abderramán, príncipe educado en el lujo y la corrupción, superviviente del asesinato de toda su familia, errante por el desierto donde encuentra su verdadera naturaleza, e intrépido aventurero que reconquista un imperio.

Pero es cierto que la diferencia de estilo es notable. Conde es un escritor del XVIII. Reposado, de largos períodos, con un estilo oratorio. Aficionado a intercalar informaciones y digresiones de carácter cultural y artístico en cuanto tiene una oportunidad. A la largo de su obra son frecuentes las inserciones de poesías traducidas de su fuente árabe. Mora es un narrador periodístico, como había apuntado con certera visión Llorens; le interesa el acontecimiento, la acción, la intriga y el espectáculo. En sus páginas desaparecen la poesía, los discursos de los personajes, los párrafos floridos, las referencias cultas, las largas digresiones. Se preocupa, ante todo, de seleccionar, de escoger de entre toda la obra de Conde, lo más espectacular, aventurero y llamativo.

Por ello desaparecen en Mora la práctica totalidad de las fuentes a las que Conde se refiere con gran detalle. Un ejemplo: Conde en el capítulo XXXI de la tercera parte de su *Historia* narra la aparición de el *Mehedí* o *Mahdí*, uno de los profetas de la religión islámica, creador de la secta de los Almohades, suceso que narra Mora en el capítulo VII de la segunda parte de los *Cuadros*. Conde acumula tres páginas (1840; 437-439) en las que hace referencia hasta a seis cronistas árabes diferentes que discuten y discrepan sobre los orígenes del personaje, con tal detalle que al lector le cuesta trabajo seguir bien el hilo de la explicación del erudito historiador:

Abu Aly beta Raxid cuenta su descendencia desde Abu Talib, tío del profeta. También la trae Aten Catham, y después la abrevió Abu Metruán, hijo del autor del *Salat*, y dice que su nombre propio fue Muhamad, que de sobrenombre se llamó Abu Abdalá, que a su padre llamaban los berberies

Thumur y también Enigar, y por mote le decían Asifu, que en lengua berberí quiere decir luz, porque acostumbraba su padre dar luz o encenderla en la mezquita, que el Mehedi no tomó este nombre hasta que principió a levantar los pueblos con su predicación y nuevas doctrinas, y cuando ya le seguía mucha gente y le obedecía como a señor. Aben Ontham tratando del origen y cosas de Mehedi dice que salió de Herga, pueblo de donde era natural, que está en Sus Alaska y pasó a Andalucía en el año 500 (1107) para estudiar ciencias en Córdoba, que después se embarcó en Almería en una nave que pasaba a Oriente, que allí oyó al Imán Abu Abdala el Hadrami, que en el Cairo oyó al Imán Ábil Walid de Tortosa, y en Bagdad oyó al gran filósofo Abú Amid Algazali, autor del libro *Híao Uiumi Edinni*, en que enseñó cosas contrarias a las opiniones ortodoxas; libro que condenó la academia de Córdoba después de bien examinadas sus doctrinas, y el que primero las reprobó y llamó heréticas fue el cadí de la aljama de Córdoba Aben Hamdin, y fue tanto su celo, que logró con su autoridad que se declarase por hereje al mismo Algazali. (437)

Largo rato sigue Conde con sus procelosas digresiones antes de volver a tomar el hilo de la historia del Mahdi, cuando el lector se ha olvidado ya completamente de quien era el personaje. Mora, más atento a narrar que a confundir la cabeza del lector con interminables series de nombres, se limita a decir que era un “hombre de oscuros principios que empezó a excitar la curiosidad del vulgo por su compostura en el vestir, su austera santidad, su enérgica predicación y la libertad y vehemencia con la que reprendía los vicios de los reyes y de los pueblos (60). La descripción sucinta antecede a la fabulosa historia del campesino marroquí que se convirtió en líder de los Almohades.

A lo largo de todos sus cuadros Mora procede así. Elimina todo aquello que no sirva para poner en suspenso al lector, se centra en los acontecimientos y compone una inmensa novela de aventuras históricas, mostrándose como un narrador seguro, ameno y ágil, con instinto certero para elegir los asuntos. A lo largo de su relato no decae nunca el interés y el lector nunca se pierde, a pesar de la abundancia de personajes, de lo abigarrado de la historia, gracias al seguro pulso de gaditano.

Si pensamos en los medios de que disponía el emigrado en Londres, de la necesidad imperiosa que tenía de publicar cuanto antes y

en su actividad incesante, no podemos por menos de decir que muy pocos hubieran salido de la empresa con la dignidad y la consistencia del polifacético José Joaquín de Mora.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
Instituto cántabro de estudios e investigaciones literarias del siglo XIX

Bibliografía

- AMORES GARCÍA, Montserrat (1999) “Don Opas de José Joaquín de Mora: las posibilidades de un modelo y de un tema legendario. *Bulletin hispanique*, I Vol. 101, nº 1, pp.125-146.
- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis (1882) *Vida de Andrés Bello*. Santiago de Chile: Pedro G. Ramírez.
- (1888) *José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo (1897) *Mora en Bolivia*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- BENTHAM, Jeremy (1820) “Cartas a José Joaquín de Mora, www.ucl.ac.uk/Bentham-Project/corrections/corr2689.htm y www.ucl.ac.uk/Bentham-Project/corrections/corr2692.htm.
- CARNERO, Guillermo (1971) “José Joaquín de Mora, precedente de Campoamor”, *Ínsula*, 296-297.
- CONDE, José Antonio (1840) *Historia de la dominación de los árabes en España*. Paris. Baudry. Colección de los mejores autores españoles. Tomo XIX.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1995) “José Joaquín de Mora y la sátira política en las *Leyendas españolas* (1840)”, en *Romanticismo 5. La sonrisa romántica: (sobre lo lúdico del Romanticismo hispánico)*, Roma, Bulzoni, pp.117-124.
- (2002) “José Joaquín de Mora ante la España de su tiempo, en *Romanticismo 8. Los románticos teorizan sobre sí mismos*, Bologna, Il Capitello del Sole, pp. 133-142.
- GIL NOVALES, Alberto (1975) *Las sociedades patrióticas*. Madrid: Tecnos.
- GONZÁLEZ PIZARRO, José Antonio (1987) “José Joaquín de Mora y "La América, crónica hispanoamericana" (1859-1864). *Revista de Literatura*. Tomo 49, nº 97, pp.95-114.
- LACHTAM, Ricardo A. (2000) “Las ideas del movimiento literario de 1842 *Ate-nea*. 481-482; pp. 23-148.
- LISO, Susana P. (2003) “El (re)encuentro de España en *Leyendas españolas* de José Joaquín de Mora: presente y pasado, utopía y realidad, *Memorias y olvidos: autos y biografías (reales, ficticias) en la cultura hispánica*, ed. Jesús Pérez Magallón, R. de la Fuente Ballesteros y K.M. Sibbald, Valladolid, Universitat Castella, (Colección “Cultura Iberoamericana”, 16), pp.209-216.
- LLORENS, Vicente (1968) *Liberales y Románticos: una emigración española en Inglaterra*. Madrid: Castalia.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1948) *Historia de la poesía hispanoamericana*. 2 vols. Santander. C.S.I.C.. Gráficas Aldus.
- (1949) *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Tomo 3. Santander. C.S.I.S.. Gráficas Aldus.

- MORA, José Joaquín de (1820) “Cartas a Jeremy Bentham:
www.ucl.ac.uk/Bentham-Project/corrections/corr2702.htm,
www.ucl.ac.uk/Bentham-Project/corrections/corr2703.htm,
www.ucl.ac.uk/Bentham-Project/corrections/corr2704.htm,
www.ucl.ac.uk/Bentham-Project/corrections/corr2731.htm,
www.ucl.ac.uk/Bentham-Project/corrections/corr2743.htm
- (1999) *De la libertad de comercio*. Edición de Pedro Schwarz. Madrid: Ministerio de Hacienda.
- (2007a) “Reseña de "Corso di Literatura Dramática" (sic) del Signor A.W. Schlegel *Shakespeare en España: textos 1764-1916*. Coord. por Ángel-Luis Pujante, Laura Campillo Arnaiz, pp.58-59.
- (2007b) “Al lector *Shakespeare en España: textos 1764-1916*. Coord. por Ángel-Luis Pujante, Laura Campillo Arnaiz, p.166.
- PEERS, Edgar Allison (1973) *Historia del movimiento romántico español*. Madrid: Gredos.
- RAMOS NÚÑEZ, Carlos (2000) “La cultura jurídica en la época de la confederación Perú-boliviana. *Revista de estudios histórico-jurídicos*, nº 22, pp.267-297.
- SALINAS CAMPO, Maximiliano (1996) *Risa y cultura en Chile*. Santiago de Chile: ARCIS Universidad, Centro de Investigaciones Sociales. [bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/chile/arcis/salinas.rtf]
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1965) *La literatura peruana. Derrotero para una historia cultural del Perú*. Lima: Ediciones Ediventes, 3 vols.
- SCHWARTZ, Pedro (1970) “*De la libertad del comercio* de José Joaquín de Mora *Anales de Economía*, pp.5-8.
- SERRANO, Sol (1994) *Universidad y Nación. Chile en el Siglo XIX*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Siegrist de Gentile, Nora L. (1992) *José Joaquín de Mora y su manuscrito sobre la industria y el comercio de España hacia 1850*. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- STUARDO ORTIZ, Carlos (1950) *El Liceo de Chile. Antecedentes para su historia. 1828-1831*. Santiago de Chile.
- VALERA CANDEL, Manuel (2007) “Actividad científica realizada por los liberales españoles exiliados en el Reino Unido, 1823-1833 *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. LIX, nº 1, pp. 31-166.